

DOMINGO 15 DE OCTUBRE DE 2006 (PROPIO 23)

COLECTA:

Te rogamos, oh Señor, que tu gracia siempre nos preceda y acompañe, para que continuamente nos dediquemos a buenas obras; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

LECTURAS:

AMÓS 5:6-7,10-15

SALMO 90:1-8,12

EPISTOLA: HEBREOS 3:1-6

EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 10:17-27[28-31]

Los comentarios para esta semana están tomados de
<http://perso.wanadoo.es/laicos/eucaristia/20061015.htm>

Como una ayuda más para elaborar la homilía de este domingo, presentamos al final el texto de la homilía de nuestro Mártir Latinoamericano, Oscar Arnulfo Romero, pronunciada en 1979, la cual está tomada de www.servicioskoinonia.org

COMENTARIO I

Nos narra el **evangelista Marcos** que un hombre se acercó a Jesús para interrogarlo sobre cómo alcanzar vida eterna (v. 17). Jesús le recuerda de modo sintético que un buen camino de perfección son los mandamientos, y le recuerda en especial aquellos que están más en relación con el prójimo: no matar, no robar, no cometer adulterio, no acusar en falso, honrar padre y madre, en una palabra no ser injusto (v. 19), como quien dice, Jesús no comienza por hacer un discurso sobre Dios y la necesidad de adorarlo y de ponerlo en primer plano; no le sugiere ningún precepto religioso ni cultural. El camino del crecimiento y de perfección que el discípulo debe perseguir, supone de entrada el reconocimiento de la primacía divina y de la natural inclinación de adorarla, bendecirla y alabarla, pero esta inclinación natural según lo que plantea Jesús no puede ser teórica, de mera intención, o cuando más de manifestación externa en un lugar de culto.

Para Jesús -como se lo plantea a este hombre y como lo deja claro Marcos para la primitiva comunidad y para nosotros hoy-, el camino cristiano comienza por extender la mirada sobre el horizonte que se va a andar, en donde lo primero que vemos es al otro, al prójimo. Así que nuestro crecimiento espiritual, nuestra perfección en la fe tiene como *humus* -tierra abonada-, el crecimiento y la perfección de las relaciones éticas con los demás y con la naturaleza.

Hasta aquí, estos mandamientos que pone Jesús como presupuesto para el camino, no son exclusividad cristiana; un ateo, un no creyente, también los debe cumplir. Este hombre también los cumplía, así se lo dice a Jesús, y no lo dice con jactancia

ni con ánimo de hacerse ver. Atengámonos a que su intención es mucho más sana: el reflejo de la sed humana de crecer, de ser más, de buscar más y más sentido a la vida; entonces es como decir sí, esos mandamientos son muy bonitos, los conozco, los practico, pero... pero, en definitiva, ¿cómo ir más allá, cómo alcanzar mayor plenitud? La respuesta de Jesús es clara, sencilla, no puede ser más simple: «anda, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres, luego ven, y sígueme».

Éste es el punto en el cual el seguidor de Jesús se tiene que definir; para Jesús está claro que el seguimiento, si es verdadero seguimiento, es incompatible con el apego a los bienes, apego que siempre se justifica como algo necesario, como «infraestructura» para poder dedicarse al servicio del evangelio. Pues bien, el hombre aquel se va triste porque, nos dice Marcos, tenía muchos bienes. Jesús no hace nada para retenerlo, para suavizar su posición, para «negociar» una salida a la cuestión; por el contrario, a propósito de esto, declara lo difícil que es para los ricos entrar al reino de Dios; y visto que sus discípulos todavía no entienden la cosa, recalca con una figura hiperbólica; sí, «es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico entre al reino de Dios» (v. 25).

Aquí no se está hablando de la antinomia salvación/condenación, diferidas a un más allá. En la categoría temporal en que se está moviendo Jesús, en los términos en que Jesús está proponiendo la irrupción del reino, es claro que a quienes están apegados a los bienes, a los privilegios sociales, aun a la misma institución familiar, les es imposible entrar a formar parte del proyecto que Jesús está llevando adelante. Pero es que ni siquiera los mismos discípulos entienden este planteamiento; ellos están esperando de alguna forma una contraprestación, una recompensa; pero al oírlo hablar como ha hablado, se sorprenden y por eso la pregunta: ¿Entonces quién puede subsistir? (es mejor que la traducción «¿quién puede salvarse?»).

Es muy fácil hablar de opción por los pobres cuando no tenemos que preocuparnos por subsistir mañana; es muy fácil especular sobre el hambre y la miseria en el mundo cuando nuestra despensa guarda lo necesario para esta semana y en el banco hay suficiente para que no nos falte nada; es muy fácil predicar contra los desequilibrios sociales, cuando los miramos desde arriba; es fácil hablar del compromiso con los pobres si tenemos financiación, todo eso es muy fácil. Es fácil incluso, desde nuestra posición, casi siempre privilegiada, sentir aquella sed de perfección, aquellos arrebatos de santidad y de búsqueda de mayor sentido a nuestra vida como el hombre aquel del evangelio. No nos hagamos ilusiones: la respuesta va a ser siempre la misma: desprendimiento disponibilidad para ponerse al servicio de los otros.

No se trata hoy de «vender» y «repartir». La experiencia de los años nos ha hecho ver que «dando» y «repartiendo» no es exactamente como se llega a concretar el proyecto de opción por los empobrecidos. Hoy sabemos que si bien se poseen bienes, estos deben servir como medios para la promoción humana y social de los marginados, de los sin derechos. Nuestra iglesia, las comunidades, los grupos de evangelización y cada uno de nosotros estamos llamados a confrontarnos permanentemente con esta Palabra de Jesús, con su proyecto. Volver a los orígenes, ubicar de nuevo nuestra opción fundamental (no preferencial) en donde siempre tuvo que estar ubicada. No estamos llamados a multiplicar la pobreza ni a sumarnos a las masas de indigentes; lo que nos pide el evangelio es luchar por el justo reparto de los bienes, que haya pan para todos y que en esta tierra que Dios

nos ha regalado quepamos todos!

COMENTARIO II

¿RICO Y CRISTIANO?

En cierta ocasión, cuenta el evangelista Marcos , "se le acercó a Jesús un hombre corriendo, se arrodilló y le preguntó: "Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar vida eterna?". Aquel hombre andaba preocupado por su situación en el más allá, por su salvación, por la vida eterna.

"Jesús le contestó: . . .Ya sabes los mandamientos: no mates, no cometas adulterio, no robes, no des falso testimonio, no defraudes, honra a tu padre y a tu madre". De entrada llama la atención que Jesús se olvide de enumerar, como condición para salvarse, los tres primeros mandamientos que se refieren a Dios, quien al parecer se contenta con que andemos a bien con el prójimo. Para salvarse sólo se requiere no cometer injusticia contra el prójimo, su vida, sus bienes o su honor. Prójimo son también los padres a quienes hay que honrar, expresión que equivale en la mentalidad bíblica a cuidarlos durante la vejez de modo que no pasen calamidades.

Aquel hombre, al oír la respuesta de Jesús, declaró: "Maestro, todo eso lo he cumplido desde joven. A esto, Jesús se le quedó mirando, le tomó cariño y le dijo: Una cosa te falta: vete a vender lo que tienes, dáselo a los pobres, que Dios será tu riqueza; y anda, sígueme a mí". (Hoy, tal vez, Jesús no invitaría a "vender y dar" sino a invertir y crear puestos de trabajo, pues la limosna engendra por sistema miseria y humilla a quien la recibe). La exigencia del Maestro le pareció excesiva a aquel hombre, que "a estas palabras, frunció el ceño y se marchó entristecido, pues tenía muchas posesiones". Era un buen judío, observante de los mandamientos de Dios. Jesús lo había invitado a seguirlo, exigiéndole como condición indispensable abandonar la riqueza, condición que los católicos hemos olvidado llenando iglesias y altares de ricos y santos de las clases elevadas de la sociedad.

Al irse el hombre rico, Jesús aprovechó la ocasión para abundar en el tema y comentó: "¡Con qué dificultad van a entrar en el Reino de Dios los que tienen el dinero!". "Reino de Dios" indica aquí al grupo de los seguidores de Jesús que cumplen la primera bienaventuranza: "Dichosos los que eligen ser pobres porque esos tienen a Dios por rey". Y añadió: "Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios". Dicho de otro modo, es prácticamente imposible que un rico pueda ser seguidor de Jesús o verdadero cristiano. Así de claro y contundente lo dijo el Maestro.

Ante la clarividencia de estas palabras, los discípulos "comentaron completamente desorientados: Entonces, ¿quién podrá subsistir?". La pregunta no versa sobre quién podrá salvarse como traducen algunas biblias en uso, pues a esto se había respondido ya diciendo que lo conseguiría quien guardase los mandamientos. Se trata más bien de dar respuesta a un problema real: ¿Cómo podrá subsistir el grupo de discípulos renunciando a la riqueza, al deseo de acaparar y poseer? Jesús que comprendió el problema respondió: "Humanamente, imposible, pero no con Dios, porque todo es posible con Dios".

Humanamente imposible no vivir centrado en el deseo de acaparar y poseer; sólo Dios puede hacer nacer en el corazón el deseo de renunciar a la riqueza. De hecho, algunos de los seguidores de Jesús ya lo habían hecho: "Pedro se puso a decirle: Pues mira, nosotros ya lo hemos dejado todo y te hemos seguido". Ahora con estas

palabras parece pedir algo a cambio.

"Jesús declaró: Os lo aseguro: No hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por la buena noticia, que no reciba en este tiempo cien veces más -casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras- y en la edad futura vida eterna". Esta es la promesa de Jesús a sus seguidores: no echarán de menos lo dejado por él. En la comunidad cristiana encontrarán mucho más de lo que dejaron.

COMENTARIO III

AHORA, EN ESTE TIEMPO

Ahora. Ahora es cuando hay que realizar el reino de Dios. Ahora, en esta vida. El proyecto de Jesús, el evangelio, tiene como objetivo que ahora, en este tiempo, reine la justicia de Dios; lo demás, hasta la vida eterna, se nos dará por añadidura.

LA VIDA ETERNA

Mientras salía de camino se le acercó uno corriendo y, arrodillándose ante él, le preguntó: Maestro insigne, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida definitiva?

Para ir al cielo basta con ser personalmente honrado, con no ser injusto, con no hacer daño a los demás; ni siquiera hace falta ser religioso. A la pregunta de aquel hombre, Jesús le responde recordándole los mandamientos que se refieren a la convivencia humana: «Ya sabes los mandamientos: no mates, no cometas adulterio, no robes, no des falso testimonio, no defraudes, sustenta a tu padre y a tu madre»; respetar la vida, el amor, la justa propiedad, la fama ajena, los derechos de cada cual, la dignidad de los padres... Ese es el camino para ir al cielo. Si eso era lo único que interesaba al hombre aquel, podía haberse ahorrado la pregunta: había tenido el mejor maestro, Dios, que dio al pueblo los mandamientos para que por ellos obtuviera la vida.

Pero el interés de Jesús era más cercano. El estaba preocupado, en primer lugar por ese puñado de años que hay que vivir antes de que la vida se haga definitivamente eterna, años que tan duros resultan a la mayoría de los humanos. La misión que Dios le había encomendado no era enseñar a los hombres el camino del cielo, sino mostrarles la manera de convertir la tierra en un cielo, ofrecerles la posibilidad de gozar, ya en la etapa pasajera de la existencia humana, del carácter definitivo de la vida. Por eso, a aquel hombre que había sido honrado desde pequeño, Jesús le hace una oferta: «ven y sígueme».

LA AGUJA Y EL CAMELLO

Pero para seguir a Jesús hay que aceptar algunas exigencias. Para Jesús, que en esto continúa la línea de los profetas del Antiguo Testamento, la causa de la desgracia y el sufrimiento de los pobres y de los humillados está en los ricos y poderosos. Dios no hace pobres a los pobres y ricos a los ricos; son los que se enriquecen los que, al acumular lo que a otros les falta, empobrecen a la mayoría (Is 3,14-15; 5,8; Am 2,6-7; 4,1; 5,7-12; Miq 2,1-2; 3,1-4; 6,9b-12; véase comentario núm. 63). Es cierto que puede darse algún caso en el que la riqueza se tenga sin haber cometido personalmente ninguna injusticia, por herencia, por ejemplo; éste parece ser el caso del rico del evangelio. Dios no va a negar a estas personas la vida definitiva; pero lo que es imposible es que, manteniendo su situación, puedan ser seguidores de Jesús:

«Una cosa te falta: ve a vender todo lo que tienes y dáselo a los pobres, que

tendrás en Dios tu riqueza, y anda, ven y sígueme.» Y la razón es ésta: Jesús, cuando invita a alguien a unirse a él, lo está invitando a incorporarse a la tarea de construir el reino de Dios, y el reino de Dios no es otra cosa que una nueva manera de vivir según la idea que Dios tiene de lo que debe ser la convivencia humana: convivencia basada en la justicia, en la igualdad, en el servicio por amor... Y no se puede colaborar en un proyecto desde una situación que debe desaparecer para que ese proyecto se cumpla; no se puede construir la justicia desde la riqueza, que es efecto y causa de injusticias.

Por eso es tan difícil que un rico entre en el reino de Dios. Según el evangelio, si sigue siendo rico, es imposible: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios para los que confían en la riqueza! Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que no entre un rico en el reino de Dios.» No le demos más vueltas, no hay agujas tan grandes: «La palabra de Dios es viva y enérgica, más tajante que una espada de dos filos...» (Heb 4,12).

UN MUNDO DE HERMANOS

Cierto que, para entender esto, hay que tener muy claro en qué consiste el reino de Dios. Los que están interesados en que las cosas no cambien aquí abajo se han empeñado en identificar el reino de Dios con «el cielo», mandándolo todo a la otra vida, a la otra historia, al otro mundo. Pero, según el evangelio, el proyecto de Dios que Jesús nos da a conocer es, primero, para este tiempo. El reino de Dios es, primero, este mundo organizado según el plan de Dios. Jesús no vino a enseñarnos el camino del cielo, que ya se conocía. El mensaje de Jesús no es un libro de moral para enseñarnos a ser buenos individualmente, y siendo buenos, merecer la vida eterna. Jesús viene a enseñarnos el método para hacer de este mundo un mundo feliz; Jesús viene a enseñarnos a cambiar este mundo en un mundo de hermanos. La opción por la pobreza o, lo que es lo mismo, la renuncia a la riqueza, no es una virtud con la que conseguir méritos para el cielo; es una opción revolucionaria cuyo objetivo es cambiar la situación de sufrimiento de los pobres y oprimidos de la tierra por otra situación en la que nadie sufra, en la que a nadie le falte nada: «No hay ninguno que deje casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, por causa mía y por causa de la Buena Noticia, que no reciba cien veces más: ahora en este tiempo, casas, hermanos y hermanas, madres, hijos y tierras -entre persecuciones-, y en la edad futura, vida definitiva.» Lo que Dios quiere no es que repartamos el sufrimiento, que compartamos la miseria, sino que construyamos un mundo en el que todos gocen del amor (hermanos y hermanas, madres, hijos) y de los bienes de la tierra (casas y tierras). Y todos iguales, sin primeros ni últimos, sin padres (compárese la lista de las personas a las que se renuncia y la de las que promete Jesús: en la segunda lista falta el padre, símbolo del poder y la autoridad en este tiempo); con un único Padre: el del cielo, que tan preocupado está por los problemas de la tierra.

COMENTARIO IV

v. 19: «*Ya sabes los mandamientos: no mates, no cometas adulterio, no robes, no des falso testimonio, no defraudes, sustenta a tu padre y a tu madre*».

De los diez mandamientos, Jesús omite los tres primeros, que se refieren a Dios; le recuerda solamente los éticos, los que se refieren al prójimo, que son independientes de todo contexto religioso. Mc añade *no defraudes*, no privar a otro de lo que se le debe. Son mandamientos negativos, que prohíben cometer ciertas injusticias con el prójimo. En último lugar, invirtiendo el orden, menciona el

cuarto mandamiento (*sustenta a tu padre y a tu madre*), insinuando con ello que la obligación para con la familia no puede servir de pretexto para eximirse de la obligación para con la humanidad en general. La condición mínima para superar la muerte es, pues, no ser personalmente injusto con los demás.

v. 20: *El le declaró: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde joven».*

El hombre declara que siempre ha sido fiel a esos mandamientos. Esto hace ver que Mc describe aquí una figura ideal, el perfecto judío, para crear el contraste con las exigencias del mensaje de Jesús.

v. 21: *Jesús se le quedó mirando y le mostró su amor diciéndole: «Una cosa te falta: ve a vender todo lo que tienes y dáselo a los pobres, que tendrás en Dios tu riqueza; y anda, ven y sígueme».*

Jesús *le demostró su amor* invitándolo a seguirlo incorporándose al grupo de discípulos, y le expone la condición que tiene que cumplir. *Una cosa te falta*: el hombre está preocupado por el más allá, pero eso no basta para su desarrollo como persona; éste se obtiene siguiendo la línea de Jesús, haciéndose último y servidor de todos (9,35), y para ello tiene que abandonar *sus muchas posesiones*. Así contribuirá a crear en este mundo una sociedad nueva (el reino de Dios) donde reine la justicia y el ser humano encuentre su plenitud.

De hecho, aunque personalmente no es injusto, este hombre está implicado, por su riqueza, en la injusticia de la sociedad. La ética propuesta en los mandamientos de Moisés no elimina la desigualdad ni lleva a una sociedad verdaderamente justa.

Es condición, por tanto, para todo seguidor tomar la decisión de eliminar, en cuanto esté de su parte, la injusticia. Para ello ha de renunciar a la acumulación de bienes (*todo lo que tienes*), que crea la pobreza de otros, la desigualdad y la dependencia humillante; *darlo a los pobres* repara a nivel personal esa injusticia.

Por otra parte, la acumulación de bienes proporciona una seguridad en el plano material, pero, al ser injusta, impide el desarrollo humano; la verdadera riqueza y la seguridad definitiva se encuentran sólo en Dios (*Dios será tu tesoro*, alusión a 10,14: «Dios reina sobre ellos»), que actúa a través de la solidaridad y el amor mutuo de la comunidad de Jesús, y garantiza el desarrollo personal.

v. 22: *A estas palabras, el otro frunció el ceño y se marchó entristecido, pues tenía muchas posesiones.*

El hombre, por su apego a la riqueza, no asiente a la invitación de Jesús. Su amor a los demás es relativo, no llega al nivel necesario para un cristiano. No está dispuesto a trabajar por un cambio social, por una sociedad justa; la antigua le basta. Prefiere el dinero al bien del hombre.

v. 23: *Jesús, paseando la mirada alrededor, dijo a sus discípulos: «¡ Con qué dificultad van a entrar en el Reino de Dios los que tienen el dinero!»*

Jesús resume lo sucedido con el rico y resalta el obstáculo que constituye la riqueza para formar parte del Reino, es decir, de la sociedad nueva. Aquí aparece la diferencia entre la «vida definitiva» a que aspiraba el rico y que puede alcanzar si evita la injusticia, y «el reino de Dios», en el cual no entra y que no puede referirse en concreto más que a la comunidad de Jesús.

vv. 24-25: *Los discípulos quedaron desconcertados ante estas palabras suyas. Jesús insistió: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios para los que confían en la*

riqueza! Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios».

Las palabras de Jesús siembran el desconcierto entre los discípulos: ellos piensan que en el reino de Dios (la nueva sociedad) continúan existiendo la riqueza individual y la dependencia que ésta crea.

Jesús no se retracta, sino que insiste en la misma idea (*para los que confían en la riqueza*, frase muy bien atestiguada y requerida por el v. 25); añade un matiz: el rico no sólo tiene riquezas, sino que confía en ellas, cree que son el único medio de asegurar la propia existencia. Con una frase hiperbólica (*más fácil es que un camello pase...*) acentúa la práctica imposibilidad de que un rico renuncie a la seguridad que le da su riqueza para contribuir a la creación de una sociedad nueva (el reino de Dios).

v. 26: *Ellos comentaban, enormemente impresionados: «Entonces, ¿quién puede subsistir?»*

Los discípulos no se explican la exigencia de Jesús; se preguntan si es posible la subsistencia del grupo sin el apoyo de la riqueza material de algunos de sus miembros (*subsistir*, gr. *sôthênai*, escapar de un peligro, aquí el de la indigencia; vse. en 8,35 los dos sentidos de «salvar su vida»).

v. 27: *Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Humanamente, imposible, pero no con Dios; porque con Dios todo es posible».*

Jesús les da la solución: ellos miran la cuestión desde el punto de vista puramente humano y la juzgan según la experiencia de su sociedad: en ese planteamiento no hay más solución que la riqueza para el problema de la subsistencia. Pero ésta es también posible de otro modo alternativo: con la solidaridad que produce el reinado de Dios.

v. 28: *Pedro empezó a decirle: «Pues mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos venido siguiendo».*

Pedro se hace portavoz del grupo; no se conforma con el principio enunciado por Jesús; quiere saber qué les va a tocar a ellos. Atribuye al grupo dos méritos: haberlo dejado todo, que responde a la verdad (1,18.20) y haber seguido siempre a Jesús, que, como se ha ido viendo a lo largo de los episodios precedentes, no responde a la verdad: acompañan a Jesús materialmente, pero las actitudes del grupo están muy lejos de las de él (8,32; 9,10.32.34; 10,13).

vv. 29-30: *Jesús declaró: «Os lo aseguro: No hay ninguno que deje casa, hermanos o hermanas, madre o padre, hijos o tierras, por causa mía y por causa de la buena noticia, que no reciba cien veces más: ahora, en este tiempo, casas, hermanos y hermanas, madres, hijos y tierras -entre persecuciones - y, en la edad futura, vida definitiva».*

Por eso, la respuesta de Jesús no se refiere en particular al grupo de discípulos (seguidores procedentes del judaísmo), sino a cualquier seguidor que lo abandone todo para manifestar su adhesión a él y dedicarse a la propagación del mensaje. En el Reino o sociedad nueva no habrá miseria, sino afecto y abundancia para todos, pero sin desigualdad ni dominio; en efecto, comparando las dos enumeraciones que hace Jesús, la de lo que el seguidor deja y la de lo que encuentra, se advierte que en la segunda se omite la mención del padre, figura de la autoridad. Como se trata de la etapa terrena del Reino, todo eso se verificará en medio de la hostilidad

de la sociedad (*entre persecuciones*); y esos seguidores, por supuesto, heredarán la vida definitiva.

=====

Homilía de Oscar Arnulfo Romero (Octubre 14 de 1979)

LAS TRES CONDICIONES PARA ENTRAR EN EL REINO DE DIOS

- 1 . Cumplir los mandamientos.
2. Espíritu de pobreza y desprendimiento.
3. Seguimiento de Jesús. (lo principal)

Aquí sintetizo la palabra divina; y ojalá que yo, el primero, y ustedes conmigo nos convirtamos de verdad al Reino de Dios. ¡Y en medio de tanta bagatela que nos hacen perder la perspectiva de lo divino, no nos perdamos!, sino que sepamos poner todo lo que el mundo considera como absoluto, como gran valor como la cúspide de la jerarquía de los intereses, en su puesto; no como ídolos para adorarlos, sino como sirvientes del hombre para alcanzar el Reino de Dios.

1. CUMPLIR LOS MANDAMIENTOS

a) Pintoresca narración del evangelio de Marcos: la palabra va a sondear la sinceridad

Es pintoresca la narración del evangelio de hoy. Imagínense ustedes un joven -San Marcos no dice "un joven", pero en el paralelo de San Mateo dice que era "un joven"- que corre y se arrodilla ante Cristo y le hace la pregunta más interesante que un hombre puede hacerle a Dios: "Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?".

- "Ya sabes los mandamientos"

Jesús contestó: "¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre".

¡Qué bella lección de catequesis le da Cristo al joven ansioso de encontrar el camino de la salvación! Ojalá todos nosotros viniéramos con este espíritu a la misa del domingo: Maestro bueno, ¿qué debemos de hacer para salir de esta crisis del país? Maestro bueno, Tú que calmabas tempestades, ¿por qué no se calma esta hora de crímenes y de violencias en la patria? ¿Qué debo de hacer yo para ser feliz en medio de tanta desgracia? ¿Qué es lo que me dará la tranquilidad de mi conciencia, de mi familia, de mi sociedad? Y no encontraríamos otra respuesta por primera línea que ésta de Cristo: "Nadie es bueno más que Dios". ¡Qué confesión más bella de la bondad!

¡Dios es la fuente de la bondad! Y si hay algo bueno en la tierra es porque refleja a Dios. Si mi madre fue buena, es porque Dios le dio esa capacidad de bondad; si mi amigo es bueno, si hay en la tierra gente buena -y la hay de verdad-; ya Cristo orienta, es que: "Toda es bondad derivada de la única fuente; sólo Dios es el bueno por excelencia"; todos los demás son buenos por participación. Pero pueden

también dejar de participar de esa bondad, porque nadie la tiene como esencia de su ser y la bondad se convierte en maldad.

Llega a decir un dicho: "corruptio optimi péssima". -La corrupción de lo mejor es lo peor-. Cuando un hombre que ha sido bueno pierde la esencia de la bondad, se hace más cruel. Dicen que Nerón al principio no tenía valor de matar un animalito, era demasiado bueno. Y, después, no se estremecía de ver quemar a los cristianos en antorchas humanas. ¡Es peligroso perder la bondad! Cuando no se tiene en cuenta que sólo de Dios deriva la bondad del corazón, el hombre que se olvida de Dios comienza a oscurecerse en la bondad. Sólo Dios es bueno, no te olvides. Si quieres ser bueno, lo primero es esto: cree en Dios. Y cree en Dios no en una forma teórica. Ese Dios que te ha creado, y te da inteligencia, vida, corazón, familia, tiene una ley: guarda sus mandamientos. Este es el camino de la vida eterna: guarda los mandamientos. Y comienza Cristo a enumerarle los mandamientos.

- "Deterioro moral" (cuarta carta pastoral)

Seria bueno, en esta mañana en que estamos conociendo los caminos de la bondad y del bien, recordar que en nuestra cuarta carta pastoral -con la ayuda de todos ustedes que me dieron sus sugerencias cuando la encuesta- sacamos esta tremenda conclusión: "Nuestro deterioro moral es evidente. Por todas partes encontramos imperante lo que el Señor llamó el misterio de la iniquidad. Y el deber pastoral de la Iglesia no puede dejar de denunciar ese reino del pecado Y llamar con apremio a la responsabilidad personal de cada uno y de cada grupo familiar y social, así como también, y sobre todo, a los hombres y grupos de poder que directa e indirectamente se benefician de esta situación y que son los que tienen en su manos los medios más eficaces para poner remedio a tanto deterioro" (21). Y enumeramos aquí las grandes lacras de nuestra sociedad, ya sea en el orden administrativo público como en el orden privado. Yo creo que no es necesario resolver este pantano porque todos somos testigos de que aquí, cada semana, nos encontramos con hechos que verdaderamente son el reino del pecado.

- Examinemos a esa luz nuestro ambiente.

Divertido... ¡cuando los pecadores se pelean entre sí, cómo se sacan los trapos sucios!

Ha salido hoy contra las disposiciones de los impuestos a los cafetaleros y algodonereros una denuncia que tal vez para muchos es una tremenda sorpresa: El Hotel Presidente en enero de 1977, se comenzó con un presupuesto inicial de 12 millones de colones. Un mes después, tuvo que ser ampliado a 18 millones de colones. Y cuando se inauguraba eran 30 millones de colones. Cuando hubo que hacerle un agregado, se aumentaron 9 millones más de colones. Y así resultó un hotel de 39 millones de colones. La empresa privada, que echa en cara este despilfarro, dice que: "Otro hotel pudo arreglarse con una diferencia de 26 millones de colones". ¿No les parece, hermanos, un ultraje a la pobreza de nuestra patria esta danza de millones?...

Me alegro, también, de que en esta hora en que hemos dicho que todo tienen que pronunciarse y decir una palabra, si no es de anuncio del Reino de Dios, por lo menos de denuncia de las ofensas contra la ley de Dios. ¡Hemos visto un pronunciamiento de la Sociedad Dental de El Salvador ante la realidad nacional, y entre otras cosas cómo parece un comentario al "guarda los mandamientos!": "Ante

un estado de cosas en donde prevalece lo injusto sobre lo justo, con una larga cadena de gobiernos cada vez más impopulares, con un gran capital. Salvo contadas excepciones, carente de sensibilidad social con una ley que sólo es aplicable a unos pero no a otros y ante clases sociales, unas que lo tienen todo y otras a las que les falta todo... -y luego menciona- El capital retrógrado, debe convencerse de que ya no es un señor feudal. Tiene que ser humano y trata a sus empleados, por humildes que sean, con la dignidad y el respeto que como hombres se merecen. No nos equivoquemos al asegurar que el dinero y el poder influyen que éste genera, a muchos endiosan, a tal grado que se vuelven insensibles al dolor y a las necesidades de los que trabajan para ellos"...

Citaré después otras proclamaciones que me parecen sumamente válidas para decir cómo Cristo tiene razón: ¡un retorno a los mandamientos!. Donde no se robe, donde no se adultere, donde no se endiosen las criaturas o los hombres, donde todos reconozcamos: sólo Dios es bueno y sólo el que cumple su ley también se hace bueno. Y todo aquel que mata, que tortura, que traiciona la ley de Dios es malo. Y si quiere salvarse y entrar al reino, tiene que arrepentirse; y, convertido, ser obediente a la ley de Dios. Este es el primer camino: ¡los mandamientos de la ley de Dios!

Qué bueno sería aquí, más que predicar, ponernos todos a reflexionar en silencio: ¿en qué materia desobedezco a la ley de Dios? Cuántas causas de maldad, quitaríamos de nuestra sociedad si todos los que estamos aquí nos convirtiéramos de nuestras desobediencias a la ley de Dios y saliéramos a hacer, ya de aquí en adelante, la verdad, la justicia, el amor, todo aquello que nos pide la ley de Dios. Es indispensable, queridos hermanos, y la ley de Dios no es una cosa de supererogación. Está en la misma esencia del hombre a tal punto que no es Dios a quien le interesa que obedezcamos su ley. Somos nosotros mismos los que, desobedeciendo la ley de Dios, nos destruimos. Una sociedad donde, en vez de imperar la ley de Dios, el decálogo, los mandamientos, imperan las envidias, los egoísmos, los atropellos, da por resultado lo que estamos viviendo. Que no nos quepa duda: El Salvador se ha alejado de Dios, y solamente oyendo la respuesta de Cristo al joven podrá encontrar el camino de su salvación: "¡Cumple la ley del Señor!"

b) "Todo eso lo he cumplido desde pequeño"... "Jesús lo miró con cariño"

Sigue el pintoresco relato del evangelio cuando el joven le dice a Cristo: "¡Todo eso lo he cumplido desde pequeño!". Y más pintoresco se vuelve el relato cuando Jesús "¡lo miró con cariño!". ¡El diálogo de la bondad! Ojalá si el Señor me mirara hoy, me mirara con cariño, no me mirara con el reproche con que debió mirar a los hipócritas, a los fariseos, a los adúlteros, a los pecadores. Porque una mirada de Cristo, severa como la que dirigía a sus enemigos, debió ser terrible como un latigazo; pero una mirada de amor de Cristo para un joven que ha cumplido la ley de Dios es una caricia. No hay más caricia semejante que mirar el rostro de Cristo sonriéndome, satisfecho de que estoy haciendo lo que debo de hacer.

c) "Una cosa te falta"

Y, sin embargo, Cristo le dice una palabra más: "Una cosa te falta". Aquí hay un reto de Cristo a la bondad natural de los hombres. No basta ser bueno, no basta dejar de hacer el mal, mi cristianismo es algo muy positivo, no es negación. Hay muchos, que dicen: "Si yo no mato, yo no robo, yo no le hago mal a nadie". No basta, ¡te falta mucho todavía!

2. ESPÍRITU DE POBREZA Y DESPRENDIMIENTO

a) "Anda, vende lo que tienes..."

Esta bondad del joven estaba muy manca porque el hecho es que cuando Cristo le dice qué es lo que le falta: "...anda, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego sígueme". A estas palabras, "él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico".

No es que Cristo tenga ojeriza a los ricos, ni la Iglesia, ni la predicación de la Iglesia sea una saña contra los ricos. ¡De ninguna manera! Si nos acaba de decir que: "Lo miró con amor", y, porque lo quería, le enseña el verdadero camino. La Iglesia si predica también y dice su palabra dura, que ahora va a decir Cristo, no es por mala voluntad, sino para señalar el camino que da felicidad.

- "Qué difícil les va a ser a los ricos..."

"Entonces, Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos -esto ya es como un comentario de este triste episodio: un rico que le tiene miedo al desprendimiento-: "¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!". Los discípulos se extrañaron de estas palabras -dice el evangelio-. Era natural, hombres formados en la espiritualidad del Viejo Testamento, que hacía consistir la felicidad, la bendición de Dios en tener mucho: larga vida, felicidad en esta tierra. Pero Cristo viene a poner las cosas en su puesto y a decir que si es verdad que es buena la riqueza y que existe la felicidad también en este mundo, no hay que endiosarla; por eso corrige inmediatamente Cristo a los discípulos que se asustan: "Hijos, qué difícil es entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero". Esto es lo malo. Tener dinero no es malo pero poner su confianza en el dinero es convertir el dinero en Dios, sólo en Dios hay que tener confianza. El dinero se pierde, no afianza a nadie. La experiencia de la vida nos da: el que pone su confianza en las cosas terrenales, nunca es feliz.

"¡Qué difícil es entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! -y usa la tremenda comparación-: "Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios". Ellos se espantaron y comentaban: "Entonces, ¿quién puede salvarse?". Jesús se les quedó mirando y les dijo: "Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios puede todo". Con esto está diciendo que puede haber riquezas, donde el hombre se convierta a usar las riquezas al servicio del amor, de la justicia, a hacer el bien. Pero esto es un milagro, sólo Dios lo puede hacer. Y de verdad si los ricos no pusieran su confianza en el dinero, sino en Dios, y le pidieran la palabra a Dios para usar este dinero, serían santos y harían felices a la tierra...

- El espíritu de desprendimiento, necesario para la libertad

Sigue, después, un pintoresco diálogo con Pedro, el cual no era rico, era un pobre pescador de las orillas del lago, pero siente la libertad del que lo ha dejado todo, porque no es cuestión de tener mucho o de tener poco. También los que tienen poco pueden estar tan apegados a sus cosas que no tienen libertad de pobres. Y este pobre, que ha dejado lo poco que tenía, le dice: "Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido". Jesús dijo: "Os aseguro, que quien deje casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o tierras, por mí y por el evangelio, recibirá ahora en este tiempo, cien veces más... y después la vida

eterna". O sea, que el espíritu de desprendimiento es necesario para tener la verdadera libertad.

- Virtudes urgentes: espíritu de pobreza y caridad.

Yo recuerdo, y ayer la leía con mucho gusto, la primera encíclica del Papa Pablo VI cuando hablando de la renovación del mundo señala dos virtudes urgentes: primero, espíritu de pobreza, y, después, la caridad, el amor. Son las dos grandes fallas de nuestro tiempo.

Y cuando habla del espíritu de pobreza dice: ¿Por qué lo menciono?, porque está tan proclamado en el santo evangelio, está tan entrañado en el designio de nuestro destino al Reino de Dios, se ve tan en peligro por la valoración de los bienes en la mentalidad moderna, que es tan necesario para hacernos comprender tantas debilidades y ruinas nuestras en el tiempo y para hacernos, también, comprender cuál deba ser nuestro tenor de vida y cuál el método mejor para anunciar a las almas la religión de Cristo". Este desprendimiento nos da la verdadera libertad.

En ese mismo texto el Papa dice por qué el espíritu de pobreza es la verdadera liberación del hombre: "La liberación interior producida por el espíritu de pobreza evangélica nos hace más sensibles y más idóneos ya para comprender los fenómenos humanos vinculados a los factores económicos". -Nadie puede encontrar la relación que existe entre las desgracias actuales de El Salvador y esta avaricia de las clases poderosas, como el que tiene espíritu de pobreza. El que no tiene espíritu de pobreza no tiene ojos limpios para mirar que el desprendimiento concede una gran libertad y una gran sensibilidad para los grandes problemas económicos y sociales de El Salvador-. "También para dar a la riqueza y al progreso el justo y, con frecuencia, severo aprecio que le conviene". -El progreso, la riqueza, tiene que ser juzgado por el criterio cristiano y no siempre tiene que ser el criterio absoluto como si todo fuera el progreso. Progreso que deja a tantos en la miseria mientras unos pocos son los que lo disfrutan-. "Para dar a la indigencia el interés más solícito y generoso y, también, para desear que los bienes económicos no sean fuente de luchas, de egoísmos, de orgullo entre los hombres, sino que estén orientados por vías de justicia, de equidad al bien común y, por lo mismo, más abundantemente distribuidos".

Si el gran origen de nuestros males es la injusticia social, sólo el espíritu de pobreza y de desprendimiento nos puede volver a hacer felices. Por eso Cristo inculca hoy tanto ese espíritu de desprendimiento y de pobreza.

Opción preferencial por los pobres

Cuando el último acontecimiento eclesial grandioso de nuestra América, la reunión de Puebla, señala también un camino para encontrar la felicidad de nuestro pueblo, dice con esta palabra de preferencia: "opción preferencial por los pobres". No quiere decir que hay que despreciar a los ricos y solamente interesarse por los pobres. Ya he repetido la fórmula de Puebla, que me parece maravillosa; es una invitación a todas las clases sociales, ricos y pobres, a interesarnos como causa propia por el pobre que se identifica con Cristo: "Todo lo que hagas a él a mí me lo haces". ¿Cuándo llegará ese día, hermanos, en que de veras nos convirtamos, como Cristo le dice al joven?: "No basta que cumplas los mandamientos, es necesario espíritu de pobreza y de desprendimiento". Yo les invito a que, así como la palabra de Dios que hoy penetra como espada hasta lo profundo de cada corazón, así analicemos nuestro apego a las cosas de la tierra, muchas o pocas, no importa; el

apego es una actitud personal que hace desgraciado al hombre que vive apegado, aunque sea a una miseria de la tierra.

3. SEGUIMIENTO DE JESUS

- Cristo le dice al joven: "Y luego, sígueme". Esto es lo principal.

- "Quien deje... por mí y por el evangelio".

Y cuando le dice a Pedro: " Quien dé tierras y familia y todo por mí y por el evangelio". O sea que hay un aspecto positivo en la liberación.

- **Aspecto positivo...** liberación de algo para algo

La liberación que el cristianismo predica es una liberación de algo que esclaviza para algo que nos hace dignos. Por eso aquellos que solamente hablan de las esclavitudes, de la parte negativa de la liberación, no tienen toda la fuerza que la Iglesia le puede dar a un hombre. Lucha, sí contra las esclavitudes de la tierra, contra la opresión, contra la miseria, contra el hambre. Todo eso es cierto, pero ¿para qué? Para algo, como dice San Pablo en una hermosa frase: "Ser libres para el amor". Ser libres para algo positivo es esto que Cristo le dice: "Sígueme". Eso es lo más positivo que puede haber.

- El verdadero liberador es aquel que comprende que si se lucha contra las esclavitudes es porque se va a algo positivo. El episodio que hemos comentado del Éxodo es la salida de la esclavitud de Egipto pero para algo positivo, para la tierra prometida, para el descanso, para la dignificación del hombre. Si alguien solamente se contentara con desprenderse estoicamente de sus bienes, pero no lo hiciera con amor y buscando a Dios y a su evangelio, tendríamos algo muy anormal. Por eso, podemos decir que todos aquellos liberadores, todos aquellos revolucionarios que hacen consistir su lucha sólo en aspectos negativos, violentos, venganzas, odios, acabar con el enemigo; ¡están muy mutilados! Lástima que tanta generosidad se desperdicie tan negativamente.

Una vez un comunista se convirtió al cristianismo porque alguien le dio a leer el evangelio. Después ya cristiano convertido, en una preciosa oración expresaba sus sentimientos: "Señor, ya que te he conocido, te pido dos gracias: una, que le des a la generosidad de mis antiguos camaradas este conocimiento de ti, y a los que ahora son mis compañeros cristianos, que les des la generosidad de mis camaradas".

- Es lástima que los cristianos teniendo valores tan positivos, afirmaciones tan rotundas contra las esclavitudes, contra el mal de la tierra, seamos indolentes, no usemos el tesoro de este positivo valor: de seguir a Cristo. Es lástima que nuestros ateos, los revolucionarios sin Dios, sean más capaces de sacrificarse por sus causas que nosotros por la gran causa positiva de Cristo. Yo hago un llamamiento para que si de veras somos cristianos y venimos a ratificar nuestra fe en la misa del domingo, sea esa palabra de Dios como espada penetrante; y que no nos deje tranquilos hasta en la división del espíritu y del alma, en las coyunturas más íntimas del ser; que nos problematice, que nos cuestione, que no nos deje tranquilos dormir mientras no hagamos algo por el Reino de Cristo y su evangelio.

- Con razón aquel joven tuvo miedo de seguir a Cristo. Pensó que solo con no hacer el mal, cumplir los mandamientos en una manera perezosa, indolente, con eso bastaba. Como hay muchos cristianos que creen juzgar a los demás porque

ellos son buenos y son buenos porque no hacen el mal. No es eso lo que quiere Cristo; por algo murió el Señor, por algo más positivo. "Para que ya, nosotros -dice San Pablo- no para nosotros, sino para aquel que murió por nosotros."

- Sabiduría - Cristo: jerarquía de valores.

Hay una ventaja en este seguimiento de Cristo que nos lo hace comprender la primera lectura de hoy. El libro de la Sabiduría, aunque pertenece al Viejo Testamento, ya vislumbra la sabiduría cristiana. Es de un autor que sin duda estaba imbuido de la mentalidad griega allá en Alejandría y veía esto que les acabo de decir yo: la cobardía de sus antiguos correligionarios judíos, y, en cambio, una filosofía griega que ganaba más entusiasmo que la misma Biblia. Entonces se dedicó a escoger de la Biblia todas las motivaciones para animar a sus correligionarios, y así sale el libro de la Sabiduría.

Finge una relación de Salomón orándole a Dios, pidiéndole sabiduría "Supliqué y se me concedió..., invoqué y vino a mí un espíritu de sabiduría. La preferí a los cetros y a los tronos, y en su comparación tuve en nada la riqueza". Dichoso el hombre que cuando llega a comprender la sabiduría, la riqueza, la infinita belleza de Dios, ya no se embelesa en los ídolos de la tierra.

"No le equiparé a la piedra más preciosa, porque todo el oro a su lado es como un poco de arena y junto a ella la plata vale lo mismo que el barro!". ¡Ah, si el hombre descubriera lo vano que es el oro, lo pobre que es la plata, lo miserables que son los bienes de la tierra cuando no los ilumina la sabiduría de Dios!

Más aún, dice el sabio: "La preferí a la salud y a la belleza". -Hay quienes no idolatran el oro ni el poder pero sí idolatran la belleza, los placeres de la carne, las vanidades de la vida; tampoco eso le parecía, porque le parecía que no tenía esplendor, y toda la belleza y la salud no es como la sabiduría que no tiene ocaso. "La belleza humana, ¿qué es? -dice la Biblia-: flor de heno que a la mañana brilla y a la tarde se seca". ¡Cuántos hay que están perdiendo por ese zacate las riquezas del cielo!

Al terminar, en la lectura de hoy, dice una cosa bellísima: "Todos los bienes juntos me vinieron con la sabiduría; había en sus manos riquezas incontables". Sucede esto curioso: que cuando un avaro no quiere desprenderse de las cosas materiales le parece que ese es todo el tesoro de la vida. No hay cosa más ridícula que un avaro. Por eso dice el Papa en su encíclica *Populorum Progressio*: "La avaricia es la figura más elocuente del subdesarrollo moral". Subdesarrollados los que tienen mucho dinero. Son avaros los que codician, los que quieren sólo las cosas de la tierra. El avaro es miope, no sabe que cuando se desprenda de estas cosas por amor al Reino de Dios sentirá que sus manos se llenan más de riqueza y que brillará con más fulgor, hasta la belleza de la tierra, cuando en esta jerarquía de valores pongamos en primer lugar lo absoluto, Dios nuestro Señor.

Queridos hermanos, estas son las tres condiciones para entrar en el Reino de Dios. Yo quisiera que preguntáramos ahora ¿cómo anda nuestra sociedad? y ¿cómo anda nuestra comunidad Iglesia?; principalmente esto, porque la palabra de Dios cuestiona al primer destinatario que es la Iglesia

Mi sueño al predicar aquí la palabra de Dios y mi agradecimiento más profundo a la atención que ustedes le dispensan, es éste: ¡hacer nuestra Iglesia! Esto es lo primero que yo quiero. Construyamos entre todos una Iglesia según el corazón de Cristo, una Iglesia en que cada uno de sus miembros desde el obispo hasta el niño

que se acaba de bautizar hoy- seamos todos miembros de un Reino de Dios y nos capacitemos cada vez más a implantar ese Reino de Dios con el testimonio de nuestra palabra, de nuestra comunidad, de nuestro ejemplo. Somos servidores del Reino de Dios, no lo olvidemos. Cristo nos ha dicho aquí cómo podemos entrar al Reino de Dios: viviendo en nosotros mismos estas tres condiciones: guardar los mandamientos, espíritu de pobreza y desprendimiento, y, sobre todo, el seguimiento a Jesús, la sabiduría eterna de Dios, que se hizo carne y vivió entre nosotros.

- Dice una cosa muy hermosa el Concilio Vaticano II acerca de esta sabiduría y de este seguimiento de Cristo: "Tiene razón el hombre, participante de la luz de la inteligencia divina, cuando afirma que por virtud de su inteligencia es superior al universo material... Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría -miren qué elogio más bello para nuestro pueblo-. Debe advertirse -dice el Concilio- a este respecto que muchas naciones económicamente pobres, pero ricas en esta sabiduría, pueden ofrecer a las demás una extraordinaria aportación". (GS, 15).

¡Esta es nuestra riqueza! Y lo digo con orgullo: de que nuestra gente humilde, o de la ciudad o del campo, nos den esta preciosa aportación de la sabiduría. Hablen ustedes con un campesino, con una viejecita del pueblo, con un joven o una joven, de esos que, como el evangelio de hoy, corren a encontrar a Cristo. Hay comunidades riquísimas donde reflexionando uno con ellos encuentra estos tesoros de sabiduría, de desprendimiento, de entrega a nuestro Señor Jesucristo. Esta es la verdadera grandeza y riqueza de nuestro pueblo: pobre en lo económico, pero esta es la verdadera riqueza que nosotros podemos aportar al mundo actual. Hagámonos verdaderamente cristianos de sabiduría divina dando con amor la verdad, la bondad de Dios. Dándole a nuestra vida un sentido no de conformismo: el cristiano sabe luchar y no está contento con la injusticia en que vivimos, pero sí sabe darle a su sufrimiento el valor de la liberación y no de la avaricia que es señal de poco espíritu.